

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## LA SITUACION DEL PARAISO

SEGUN parece, un antiguo comentarista de la Escritura —Cayetano de nombre— ya subrayó la dificultad. Hay cuatro cosas que «nadie sabe», «ni Dios ha revelado a nadie»: «la primera, en qué parte de la Tierra hubiese sido Adán formado; la segunda, el dónde habitó después de desterrado del Paraíso; la tercera, dónde hubiese muerto, y la cuarta, dónde fue enterrado». El doctor Vicente Mares aduce el problema en las primeras páginas de su libro «La Fénix Troyana», publicado en Valencia el 1681. Y no lo trae a cuento porque sí. Muy al contrario. Aquel señor, natural de la villa de Chelva y cura párroco de la misma —fue también notario apostólico y comisario del Santo Oficio, examinador sinodal y algo más—, escribió el mamotreto aludido con la pluma encrespada de «patriotismo»: trataba de confeccionar la historia de su pueblo, y no se detuvo ante nada para echarle las mejores salsas eruditas, de una erudición realmente fascinante. Comenzando por el título. La teoría del reverendo Mares es que Chelva fue fundada por gente venida de la Troya homérica, y que los avatares de los siglos permiten ver en Chelva una repetida resurrección —de las cenizas incluso: «fénix»— de la raíz troyana. No ha de sorprendernos, pues, que el reverendo, disparando, se lance a hipótesis todavía más fantásticas. ¿Y por qué no remontarse a Adán, por ejemplo? Era una opción... Los ánimos del Barroco tendían inocentemente al delirio...

«Cuatro caminos tenía Adán, en cruz de sus trabajos, en las cuatro partes del mundo...» Como la Biblia guarda silencio, dice don Vicente, «todos conjeturan a su modo». Y él no se quedó corto al hacerlo. De hecho, su premisa metodológica —si cabe ponerle este adjetivo— se basa en la «conjetura». No es que los historiadores posteriores, sin descartar a los de hoy, hayan renunciado al truco. Ni mucho menos. Pero el clérigo de Chelva no utilizaba otro. Poco le faltó para proferir afirmaciones graciosamente drásticas respecto a la situación del Paraíso. En este asunto, apunta, «pasándolo Moisés en blanco en su Sagrada Historia, todos tenemos la puerta abierta (ya que la de aquí cerrada) para conjeturar lo más verosímil». Puesto a «conjeturar», le pareció «verosímil» insinuar que quizá en Chelva... Veo el Paraíso tan cerca ya de Chelva», escribe, que «no quiero decir que en ella estuvo plantado, pero me

atrevo a decir que tiene Chelva, mi patria, mucho de Paraíso». Razones: «Porque yace Chelva en la mejor parte del Orbe, que es la Europa; en la zona más templada y habitada; en la provincia más heroica, que es España; en el reino más florido, que es Valencia...» No: no se atrevió a tanto, ni probablemente los censores del Santo Oficio le hubiesen tolerado la veleidad. Pero no desaprovechó el episodio siguiente. Expulsados del Edén, ¿a dónde fueron a parar Adán y Eva? Naturalmente, a Chelva. El doctor Mares lo justifica.

No le seguiremos en su ensortijada alegación. La cadena de «conjeturas» resulta un tanto complicada y vidriosa. Involucra cauciones astrológicas, silogismos impávidos, fábulas de toda especie, datos fisiográficos, secretos de la Providencia: la maraña, sin embargo, se aguanta de algún modo. Los argumentos del buen capellán seiscentista, en su chocante irrealidad, cobran una curiosa autonomía: como la de un poema culterano o la de una comedia de capa y espada, que, a otro nivel, pertenecían a su mismo circuito de alucinación literaria. Adán y familia —exceptuado Caín, desde luego— toman la ruta de Europa. Mosén Mares se aviene a que el Paraíso estuviese emplazado en Mesopotamia, y el exilio y su obligada trashumancia terminaban por acá. Concretamente en España. Era la estación término, «así por lo más apartada, como por elegida de Dios siempre para morada de los justos y como asiento que después había de ser de nuestra Santa Fe Católica». Un súbdito de Carlos II, el Hechizado, ¿podía olvidar esta última «razón»?... Lo importante de «La Fénix Troyana» no son, por supuesto, los dislates que enhebra su autor —con todo y ser de una amenidad suculenta, sólo comparable a la que hoy día nos brindan los fabricantes de revistas tipo «Planète» y similares—, sino la febril connotación ideológica que comportan, históricamente trágica. Y no únicamente por su monstruoso juego con la «credulidad». Era el puro arbitrio final de la Filipada.

A don Vicente Mares no le dolián prendas —¿a qué «arbitrista»?—, y ni por un instante vaciló en apoyar sus aseveraciones con «hechos». La «verosimilitud» constituía su punto de partida. ¿Cómo explicar el traslado de Adán y los suyos desde la remota Mesopotamia a su

País Valenciano natal?... El sacerdote de Chelva nos pone en antecedentes. Ahora lo llamaríamos «paleontología» o algo parecido. La Humanidad ha ido para abajo: las generaciones del Pentateuco «eran de mucha mayor estatura que la que alcanzamos en nuestros caducos tiempos», asegura el doctor Mares. Unas piedras que la piadosa tradición consideraba como «lecho» de Adán, sugerían que la talla de la primera hornada humana pudiera calcularse en 30 pies. «En mis tiempos, en la Yesa, a dos leguas de Chelva, se halló un sepulcro que, acomodando los huesos, cada uno en su puesto, tenía 20 palmos de largo, y doce años hará que en Chelva, en la partida de la Torrecilla, se halló otro mucho mayor de estatura...» Descubrimientos arqueológicos tan inmediatos, huelga decirlo, tenían que corroborar a don Vicente en sus convicciones... En otros lugares de «La Fénix Troyana» encontramos más detalles acerca de aquellos nuestros predecesores. Sobre la fecundidad de las parejas, pongo por caso. «Florián del Campo dice que entonces nacían de dos en dos», cita el párroco de Chelva. Y añade esta brillante «conjetura» de su propia cosecha, insólita y magnífica en los anales de la «ciencia»: «Tengo por cierto que por eso dio la Naturaleza a las mujeres los pechos duplicados»...

Pero dejémosnos de cábalas anatómicas. O reduzcámoslas a nuestro tema: «Supongamos, pues —sigue el doctor Mares—, que Adán no tuviese más que 28 palmos, que es mucho menos de los 30 pies que tenían dichas piedras...» O sea las de la presunta cama rupestre hallada en Palestina, a que me he referido. «La estatura de nuestros tiempos ha venido ya tan a menos, que sólo es la mediana estatura de 7 palmos», constata abrumadamente el doctor Mares. Y precisa la diferencia en el trámite ambulante: «correspondiendo el paso a la proporción de la estatura, venía a tener cada paso de Adán por cuatro de los nuestros». He aquí el resultado del cómputo: «De Mesopotamia a Chelva, según los mapas más corregidos, por vía recta, cruzando el Mediterráneo, hallo menos leguas; pero, por respeto, que entonces aún no se navegaba, para venir por tierra, y tomando la vuelta para salvar el mar Egeico, hallo 1.112 leguas». Es de agradecer el «respeto», dicho sea de paso. Y para cubrir estas mil y pico de leguas, un contemporáneo de Mares —a diez

por jornada— «ha de menester 111 días, caminando un día de los dichos dos leguas y media más del coto». «Pero Adán, con su paso cuadruplicado, andaría cada día 40 leguas, y aun andando un día 10 leguas menos, en 28 días andaba toda esta tierra». Mi escasa habilidad para sumar, restar, multiplicar y dividir, me veda la verificación del cálculo. Don Vicente, metido en un embrollo de romances y teatros, saca esta extraña conclusión: «Luego si no es de maravillar que don Rodrigo y Pelayo anduviesen esta distancia, menos dificultad y más verosímil es que las anduviese Adán, viniendo a Chelva...».

Es secundario que don Rodrigo y don Pelayo entren por un imprevisible escotillon en el debate, y más secundario todavía que Chelva centre la digresión. Curas Mares, a finales del XVII, tuvo que haberlos —los hubo— en mil poblados de la Monarquía, y cada cual imaginándose de extracción «adamítica». No el cura elocuente —sin ir más lejos, Mares se presenta de ascendencia francesa—, sino el lugar donde se afina y vive. Las genealogías —obsesión celtibérica del momento, por aquello de la «limpieza de sangre»— sólo eran sentidas como satisfactorias cuando lograban adquirir una dimensión mitológica de «orígenes». Troyanos o cristianos viejos —eran unos y los mismos—, por un lado; pero, además, si era posible, Adán... Chelva es un sitio de ecología afable. «¿Qué hiciera Valencia si los más de los años no le enviara Chelva pasados de 60.000 quintales de leña, así para sus fábricas como para oficios, sin conocer en sus montes menoscabo? ¿Qué hiciera Valencia si cada año no le enviara Chelva...?» El reverendo Mares sabía ser abogado de su causa. «¿Qué hicieran las dos esteriles entradas de Aragón y Castilla, si quince leguas en contorno no les socorriese Chelva cada año con...?» Cada rincón del mundo podría decir otro tanto, respecto a sus vecinos, en mutua adscripción... La suerte de Chelva fue o es que su cura la remitía a Adán. Y a Troya, después... No opinaré ahora sobre las ventajas de disponer de un clero grácilmente imaginativo. Nos encontramos con Adán, Primer Padre, Primer Turista, Primer Inmigrante... Después vino el Diluvio Universal, y Mares tuvo que montar otra explicación...

Joan FUSTER

## POLITICA CULTURAL DE AMERICA (2)

# LA LENGUA

LA lengua es una de las grandes formas de instalación; es la primera interpretación de la realidad, la manera primaria de estar mentalmente en el mundo. La plenitud de la condición humana, la posibilidad de proyectarse; depende de la adecuación de esa instalación lingüística.

Para aquellos países de América en que se habla como propia una única lengua, no hay más problemas que los de su enseñanza adecuada y su uso correcto. Conviene advertir, sin embargo, que las grandes lenguas de cultura habladas en América son lenguas europeas, por tanto «recibidas» en los países americanos y que encierran experiencias históricas que no son propiamente americanas, sino de los «antepasados» europeos, desde la alta Edad Media. La posesión plena de estas lenguas que son «sus» lenguas —por parte de los americanos requiere la absorción de todo su «espesor» histórico y cultural, de manera que consideren como «propio» todo el tesoro lingüístico y literario de España, Portugal e Inglaterra desde los comienzos del español, el portugués y el inglés.

Las dificultades comienzan cuando coexisten varias lenguas en una sociedad; y esta coexistencia puede presentar formas muy diversas. Los Estados Unidos han sido «originariamente» una sociedad derivada de la inglesa o británica, de lengua inglesa —la gran vigencia colectiva—. Los muchos millones de personas de distintos orígenes no alteran la situación, porque los «inmigrantes» han entrado en el país individualmente y han tenido que adaptarse a la sociedad preexistente. El aprendizaje se resolvía, a lo sumo, en la segunda generación. (Esta situación podría extenderse a los países hispanoamericanos como la Argentina, Chile o el Brasil, con una fuerte inmigración de distintos orígenes.)

Las dificultades surgen cuando se trata de una inmigración «masiva» (como los puertorriqueños, ciudadanos americanos que entran libremente en el país y se establecen transitoriamente o permanentemente donde quieren); o de «minorías lingüísticas» incorporadas a los Estados Unidos, especialmente en el Suroeste (los que suelen llamarse «m» término coloquial y no muy exacto, los «chicanos»).

La solución «asimilista» pretende reducir este caso al anterior: las minorías deberían incorporarse a la lengua general. Esto parece evidente: no se puede ser plenamente ciudadano de los Estados Unidos, participante en la vida total del país, más que en inglés; de la Argentina, en español; del Brasil, en portugués. Pero esta verdad es sólo la mitad de la verdad: las grandes minorías que pisen en forma «viva» su lengua no

pueden (ni deben) renunciar a ella. Se deben conservar las lenguas minoritarias, se deben enseñar y usar, se les deben conceder los derechos oportunos.

¿Cómo? En el Suroeste de los Estados Unidos se habla un español reducido, enquistado, sin comunicación vivaz con el resto de los países hispanicos, diferenciando coloquialmente como un islote lingüístico. ¿Tiene sentido perpetuar esta peculiaridad, esta forma decadente? Creo que no, que se debe enseñar y usar un español plenamente actual y evolucionado, inteligible en todo el mundo hispanico.

En Méjico, América Central y grandes zonas de Sudamérica, se plantea un problema análogo —pero sólo análogo— con las minorías indias que conservan sus lenguas nativas. Hay que distinguir dos situaciones bien diferentes: a) los indios que «sólo» hablan su lengua originaria; b) los que la conservan, pero hablan «también» español. Para los primeros, el problema inapelable y urgente es su incorporación a la lengua española. No se puede ser en Hispanoamérica hombre del siglo XX y ciudadano más que en español (o portugués). El indio reducido a su lengua nativa es un hombre excluido de la convivencia general, sin capacidad de desarrollo, manteniendo en una forma de esclavitud espiritual que de hecho resulta esclavitud sin más.

Cuando el español convive con lenguas aborígenes, puede ocurrir que se hable español como lengua propia y se conserven residuos de una lengua indígena para usos rituales o coloniales; pero puede suceder que la lengua viva sea la indígena y el español rudimentario; en este último caso hay que perfeccionar su conocimiento y uso, pero no se debe dejar perder la lengua india. La norma general sería: la plena instalación en la lengua general y de cultura; y no matar (y en lo posible ni siquiera dejar morir) las lenguas que tengan vitalidad y en la cual minorías considerables estén instaladas.

...

La lengua establece la división en las dos Américas fundamentales e irreductibles: la de lengua inglesa y la de lengua española (o portuguesa). Esta dualidad puede ser motivo de fricción, pero personalmente me parece preciosa. Introduce un dinamismo, una tensión interna, algo así como un campo magnético que articula toda la realidad americana. Europa ha sido un diálogo no siempre apacible entre los países germánicos y los románicos, entre una Rumania y una Germania hacia las

cuales gravitaban los elementos restantes. La admiración mutua, la ósmosis, la imitación y su contrario (el deseo de evitar las formas de la otra), la rivalidad, todo eso ha contribuido increíblemente al desarrollo, la maduración, la prosperidad, la múltiple personalidad de Europa.

Algo semejante parece deseable para América, porque responde a su realidad más profunda. La extranjería, la verdadera «frontera» sólo se da entre las dos Américas. Pero las fronteras no son los lugares en que los países «terminan», sino allí donde «se encuentran»; son los órganos del contacto y la comunicación, las membranas permeables donde acontece la ósmosis histórica.

Si la relación entre las dos Américas se plantea desde el predominio, la explotación o el desdén, no puede ser fecunda y sólo puede conducir a la escisión. Si se establece desde el recelo, el resentimiento, la envidia o la hostilidad, será fuente constante de discordia. Si se basa en la sumisión, la dependencia y la imitación pasiva, esterilizará todas las posibilidades de fertilización y enriquecimiento mutuos.

El peligro de lo que se llama «panamericanismo» es que no reconozca la realidad efectiva de América. El desequilibrio entre los Estados Unidos y cualquiera de los demás países americanos es demasiado grande para no ser reconocido; pero si de ello se infiere que el único papel de los demás es «seguir» a los Estados Unidos, se olvida la enorme realidad del resto de América y se llega a una fórmula inaceptable. Si, por el contrario, se afirma un principio de «igualdad», fácilmente se desemboca en la equiparación entre los Estados Unidos y «cada uno» de los demás países, lo cual es otra absurda violencia sobre la estructura efectiva de la realidad.

La «independencia» no quiere decir aislamiento ni insolidaridad. En el mundo actual, la independencia «a ultranza» es el camino seguro hacia la servidumbre. La única forma de soberanía posible en la segunda mitad del siglo XX es la «soberanía compartida».

Una de las tareas más apremiantes hoy es «pensar América», precisar con rigor y sin partidismo, sin arrogancia ni vanidad ni humillación, el contenido efectivo de América en toda la riqueza de sus dimensiones, en toda la complejidad de sus conflictos, en el sistema de sus conexiones internas y externas. La difusión y perpetuación de un pavoroso conjunto de «errores» es el peligro mayor para el Continente.

Julián MARIAS

**ESTRUCTURAS INMETRO**



Estructuras metálicas normalizadas. Solicitar información sin compromiso. Paseo de la Travesera 357, 2309632



## ¿SE PUEDE EVITAR UNA CALVICIE?

La primera y más grande organización internacional, 60 sucursales, fórmulas y productos exclusivos registrados. Nuestros Institutos han sido muchas veces imitados, pero nunca logrados.

El tratamiento de higiene capilar Akers I. C. Internacional que le ofrece esta oportunidad constituye un gran avance en el campo de la ciencia cosmética aplicada a restablecer las condiciones normales de crecimiento del cabello. Es cierto que no podemos hacer crecer el pelo allí donde no lo hay. Pero, sin embargo, no existe razón para quedarse calvo si usted tiene cabellos. Con un tratamiento correctivo de aquellas condiciones anormales estudiado y seguido para cada caso, puede detenerse la caída del cabello. No espere por tanto a que sea demasiado tarde. Si usted observa una alarmante pérdida de cabellos, venga hoy mismo o reserve su hora por teléfono.

## INSTITUTO CAPILAR INTERNACIONAL

Método Akers I. C. Internacional  
Únicos auténticos institutos en España

BARCELONA: Tel. 231.67.32

MADRID: Tels. 248.22.48 y 247.27.55

SEVILLA: Tel. 22.82.94 • VALENCIA: Tel. 21.22.47

BILBAO: Tel. 21.93.99

HUELVA: MEN LIS - Palos, 20 - Tel. 21.35.33

Consultas: Sábados 10 a 18 h. Lunes a viernes 10 a 20 h.

También para personas que residan fuera

París, Londres, Niza, Marsella, Berlín, Zurich, etc.